

ENRIQUE KRAUZE

ANTONIO CASO: EL FILÓSOFO COMO HÉROE

“Entonces los hombres parecían gigantes”. A.C.

Para Rosa y Luis Koltenjuk.

Ariete del Ateneo

Antonio Caso, autor de *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*, fue desinteresado y caritativo con sus alumnos pero económico con sus biógrafos. No escribió, como Reyes o Vasconcelos, páginas autobiográficas. Tampoco dejó en los archivos ajenos, como Pedro Henríquez Ureña, una vasta cátedra epistolar. Aunque escribió varios libros, su medio de comunicación natural fue la cátedra que sobre todas las ramas imaginables de la filosofía profesó por cerca de cuarenta años en la Universidad Nacional. Con todo, la singularidad de su estilo magisterial no favoreció y quizá inhibió, en sus muchos discípulos, el impulso a comprenderlo y estudiarlo como persona, no como prestigio. Existen, claro, varios trabajos apreciables sobre su pensamiento, pero muy pocos sobre su vida. Vacío problemático en un hombre que solía predicar: “Iguala con la vida el pensamiento”.

Nació con la era porfiriana en 1883. Fue hijo del ingeniero de caminos Antonio Caso. Vivía en la colonia Santa María donde llegó a formar una buena biblioteca con hermosas ediciones francesas. Un busto de Goethe presidía las reuniones que solían hacerse en aquel salón, “el propio templo de las musas” según Alfonso Reyes. Sobre su temperamento juvenil contamos con un testimonio, cursilón pero valioso, de Isidro Fabela:

Desde sus años mozos tenía entre nosotros, sus compañeros, el procerato del talento y la cultura. No sólo era pensador sino artista. Sus primeras manifestaciones artísticas las expresó en *versos románticos* que recitaba con labios temblones que acusaban sus sentimentales desbordamientos.

Además de poeta era músico de admirable ejecución e interpretación, de gran hondura emotiva.

En 1906 Caso escribe un “Canto a Juárez”. Ese mismo año concursó por oposición para la cátedra de historia que Justo Sierra había dejado vacante en la Preparatoria. Aunque la pierde, su nascente prestigio le vale un nombramiento de orador oficial en las fiestas patrias del 15 de septiembre de 1906. Caso tenía la bendición que todos los jóvenes buscaban en esos años: la “facilidad de palabra”, fórmula de la época que solía abrir todas las puertas: “había que ser orador —recordaba Alfonso Reyes— orador a toda costa y sobre todo, es lo único que vale en la tierra”.

El culto por la oratoria era uno de los vínculos formales de aquel porfiriato crepuscular con la fogosa aurora de la Reforma. Se veneraba el recuerdo de Prieto, Ramírez, Zarco y Zamacona. Se había olvidado quizá el mensaje liberal, pero persistía su tono. De allí, esta página de Caso publicada en la revista *Savia Moderna* en marzo de 1906. Su título es *El Silencio*. Su tema: un elogio del no silencio, un canto a la palabra:

Es, sin duda, la palabra, el más amplio de los símbolos estéticos del pensamiento. Más que las formas esculturales o pictóricas, más aún que el sonido musical, la frase reproduce los variados matices del espíritu... gracias a ella, lo espiritual se materializa, lo indecible se define... así como en el milagro eucarístico, Dios desciende a la hostia que comulgan los fieles, así, en la eucaristía de la palabra, el genio, ese dios, desciende al verbo y de ahí va a cumplir su éxodo redentor...

Ese mismo año Caso conoce al grupo de jóvenes que hacían la revista *Savia Moderna* y con quienes integraría, años más tarde, una auténtica guerrilla cultural: los humanistas dominicanos Pedro y Max Henríquez Ureña, el dogmático ateo Alfonso Cravioto y varios bohemios irredentos: el arquitecto Jesús T. Acevedo y los poetas Ricardo Gómez Robelo, Roberto Argüelles Bringas, Rafael López y Manuel de la Parra. La presencia de Henríquez Ureña desvanece el contenido etílico del grupo y le da forma y profundidad intelectual. Como alternativa a la vida académica positivista —apolillada y reiterativa como el propio régimen— los jóvenes toman la calle y reinventan la conferencia. En vez del evangelio según Comte, los rebeldes difunden el de Nietzsche. Muy pronto se incorporan otros nombres: Alfonso Reyes, José Vasconcelos. Hacia 1907 nace el proyecto que, para Henríquez Ureña, sería el verdadero definidor del grupo: una serie de conferencias sobre Grecia. Aunque no llegan a realizarlas, el gran esfuerzo de preparación marca por sí solo el renacimiento de las humanidades en México:

Una vez —recuerda el escritor dominicano— nos citamos para releer en común el *Banquete* de Platón. Éramos cinco o seis esa noche; nos turnábamos en la lectura, cambiándose el lector para el discurso de cada convidado diferente; y cada quien la seguía ansioso, no con el deseo de apresurar la llegada de Alcibíades, como los estudiantes de que habla Aulo Gelio, sino con la esperanza de que le tocaran en suerte las milagrosas palabras de Diótima de Mantinea... La lectura acaso duró tres horas; nunca hubo mayor olvido del mundo de la calle, por más que esto ocurría en un taller de arquitecto, inmediato a la más populosa avenida de la ciudad.

El primer tiempo de aquel movimiento de liberación cultural fue una generosa apertura hacia todos los vientos de Occidente. De pronto, en aquel taller del arquitecto Acevedo, aquellos jóvenes deciden apropiarse de la cultura universal por la vía directa de la lectura imaginativa y desinteresada. Uno de ellos, José Vasconcelos, aduciría años después las ventajas de un latinoamericano culto sobre cualquier europeo: los franceses no leen a los ingleses, los ingleses desdennan a los alemanes, los alemanes ignoran a los franceses. En cambio, un latinoamericano al margen del banquete puede tomar parte de modo tardío, pero también más amplio y fructífero, más universal. Aquella tertulia lo confirmaba. Parecía, por momentos, una concertada borrachera de cultura:

Nos lanzamos —escribe Henríquez Ureña— a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Leíamos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia.

El segundo momento, acorde con la efervescencia política que desde 1908 vivía el país, fue de militancia cultural. No bastaba con asimilar privadamente la cultura universal, había que destruir a la filosofía oficial y tomar el poder en la academia. Para esta empresa contaron con un aliado decisivo: Justo Sierra, el Ministro de Instrucción Pública del régimen porfiriano, venerado maestro de historia universal y patria. En una velada en memoria de Gabino Barreda, Sierra sorprende a los jóvenes con una confesión pública que, en su caso, no era sino el arribo al puerto final del escepticismo, pero que en los jóvenes se convirtió en un punto de partida:

Dudamos —había dicho Sierra— en primer lugar, porque si la ciencia es nada más que el conocimiento de lo relativo, si los objetos en sí mismo no pueden conocerse, si sólo podemos conocer sus relaciones constantes, si ésta es la verdadera ciencia, ¿cómo no estaría en perpetua discusión, en perpetua lucha? ¿Qué gran verdad fundamental no se ha discutido, no se discute en estos momentos?... ¿No basta esta especie de temblor de tierra bajo las grandes teorías científicas, para hacer comprender que la bandera de la ciencia no es una enseña de paz?

Con semejante aval, Caso y Henríquez Ureña no podían menos que emprender la lectura de Bergson, Boutroux y William James. Su propósito era la total renovación de la filosofía en México, nuestra puesta al día en una crítica que llevaba decenios de ejercerse en Europa, contra la ciencia y otros sueños de la razón. En 1909 Caso imparte una serie de siete conferencias sobre el positivismo. A fines de ese año, a instancias suyas, se funda El Ateneo de la Juventud. Durante las fiestas del Centenario, José Vasconcelos pronuncia un discurso célebre —“El credo del Ateneo” diría Henríquez Ureña— en el que desacredita al positivismo. Para entonces, el acceso de los ateneístas al poder académico estaba prácticamente asegurado. Los sagaces “Científicos” orquestaban este acomodo. Caso y Henríquez Ureña debían dirigir la Escuela de Altos Estudios en la recién fundada Universidad Nacional, pero la Revolución cambió los planes.

Entre 1910 y 1914 los ateneístas activos sostienen una lu-



Antonio Caso

cha en dos frentes: por una parte, contra los viejos positivistas que veían en la fundación de la Universidad un acto *contra natura* —es decir, contra la ciencia, el orden y el progreso—; por otra parte, frente a la legislatura maderista que criticaba acremente a la Escuela de Altos Estudios reprochándole su elitismo: “No son altos, sino bajos, los estudios que el país requiere”. Los ateneístas —principalmente Reyes, Caso, Henríquez Ureña— no abandonan los altos estudios pero —golpe de sinceridad y audacia— discurren una vertiente de “bajos” estudios: en diciembre de 1912 fundan la Universidad Popular, primer momento en que la cultura mexicana adopta un tono misionero, primera respuesta educativa a la realidad revolucionaria.

En 1914 el Ateneo se disuelve. La mayoría de sus miembros se exilia y dispersa. Paradójicamente, 1914 es también el año de su triunfo cultural. La Escuela Nacional Preparatoria adopta un nuevo plan de estudios elaborado, en buena medida, por Pedro Henríquez Ureña y en el cual las humanidades —la literatura y la filosofía principalmente— vuelven a aparecer como materias obligadas. El movimiento de liberación cultural llegaba a su término, justo cuando, fuera de las arcadas de San Ildefonso, otro movimiento de liberación, social e histórico, iniciaba su ascenso y su búsqueda.

A todo lo largo de aquella campaña, Antonio Caso fue un auténtico guerrero de la cultura. “Qué espíritu tan fuerte y tan sencillamente fuerte”, era Caso, según palabras de Alfonso Reyes. Era el hombre de choque, “el abanderado”, el orador de fuste en un ámbito donde las batallas se ganaban todavía a golpes de oratoria, el único capaz de encerrarse solo —como torero de la filosofía— con siete miuras del positivismo y salir en hombros. El imperturbable crítico Pedro Henríquez Ureña apreciaba estas prendas y la efectividad emotiva de Caso:

Es el más guiado por el instinto, entre todos nosotros, aun-

que por haberse enfrascado en el estudio es también el que más piensa en cosas elevadas... el más entusiasmado.

Pero de la consistencia intelectual de Caso tenía, en 1909, opiniones menos elevadas. Admitía su "conocimiento seguro de la evolución del pensamiento europeo" y un "criterio independiente", pero señalaba otros rasgos que lo apartaban del rigor intelectual: "afectividad, sentimiento artístico, seducción del misterio":

La personalidad que ahora vemos en Antonio Caso es la de un amante de las cuestiones filosóficas, poseedor del abundante don de la palabra. Dos elementos que pueden ser antagónicos, se dirá: en efecto, en Caso el afán de precisión conceptual vuelve inelegante, iterativa, la frase, muchas veces; otras, el flujo verbal desvirtúa las ideas o las engendra falsas. Si el primer defecto es leve, hasta útil cuando se habla a públicos de espíritu lento, el segundo es grave. Para mí, gran parte de los errores que se deslizaron en las conferencias fueron hijos de esa censurable confianza en el poder verbal.

Las diferencias entre Caso y Henríquez Ureña nunca los llevaron al borde de una separación. La amistad de un crítico —solía decir el dominicano— es una bendición de los dioses. Seguramente Caso coincidía con él y admitía de buena gana aquellas críticas. Todos reconocían, por lo demás, la autoridad intelectual y aún moral del "Sócrates" del Ateneo. Pero aquellas diferencias no eran accidentales ni se borraron con los años. Por el contrario, desde entonces revelaban la existencia de dos vertientes en el Ateneo, dos actitudes frente a la cultura: la religiosa y la humanística. Por mucho tiempo, un sector importante de la cultura mexicana se nutriría del jugo dialéctico entre esas dos posiciones representadas, a su vez, por un par de exponentes ateneístas: José Vasconcelos y Antonio Caso, la primera; Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, la segunda.

Vasconcelos llevaba libros sobre budismo a las sesiones de lectura. Era el representante de "la filosofía antioccidental, de la filosofía molesta". Antonio Caso abrazaba acuménicamente toda la filosofía universal, pero en lo íntimo lo seducía el espiritualismo cristiano. En 1906 había publicado un pequeño ensayo en el que describía poéticamente "la tesis admirable" del "muy grande y muy profundo Plotino de Lycópolis", pero lo hacía afectándola, por decirlo así, de un sesgo cristiano. Para Caso, Plotino no postula la contemplación de la belleza sino el ascetismo filosófico. Un año después, en su conferencia sobre Nietzsche, Caso exalta al filósofo alemán por revelar la cara dionisiaca de Grecia, pero opone a la voluntad de poder "una creencia más humana, más científica, más consoladora, la creencia que con su sangre y su carne vienen infundiendo hace muchas generaciones las madres cristianas a sus hijos". En octubre de 1909 publica en la *Revista Moderna de México* una serie de ensayos cuyo título definitivo habla por sí solo: "Perennidad del pensamiento religioso y especulativo".

Durante los siete años que duró la campaña humanística y antipositivista en su doble movimiento de apertura y ruptura, de asimilación y destrucción (de 1907 a 1914), la hegemonía correspondió a la vertiente de Henríquez Ureña. Caso era el lector apasionado de todas las obras, el expositor brillante y claro de doctrinas y doctrinarios, el ariete. Pero en el fondo era todavía un hombre en búsqueda de una definición vital, condición que no dejaron de explotar los seguidores de Henríquez Ureña. Uno de ellos señalaba, hacia 1914, la in-

dole negativa de la obra de Caso: la sola destrucción del positivismo. Otro devoto del crítico dominicano, Julio Torri, "poseído del demonio" —según Reyes— "humorista de humorismo funesto, inhumano", llegaría hasta la inhumanidad, al describir oblicuamente a Caso en un ensayo breve cuyo epígrafe —extraído de Bernard Shaw— lo decía todo: "I don't consider human volcanoes respectable".

Faltaba en Caso un camino positivo. La negatividad o el solo epicureísmo intelectual no lo definían ni lo satisfacían. Tampoco el saber por el saber. En términos filosóficos su postura era ecléctica y demasiado inclusiva: ponderaba al idealismo; al intuicionismo y al antiintelectualismo. Su religiosidad personal no hallaba aún salidas intelectuales. Tenía clara la necesidad de combatir la doctrina enemiga, pero su prédica no afirmaba, con claridad, una nueva doctrina.

La política pudo ser una salida posible. El dos de abril de 1909 Caso aparece como orador en la Gran Convención Nacional del Club Reeleccionista. Su discurso —según Henríquez Ureña— es lo suficientemente ambiguo como para dejar contentos a tirios y troyanos y salvar su relativa independencia. Un mes después aparece como director de *El reeleccionista* donde publica artículos en los que, a un tiempo, duda de la democracia y propugna por la libertad de opinión. Lo cierto es que, a diferencia de su amigo Vasconcelos —director, simétricamente, de *El antirreeleccionista*— Caso no tenía ambiciones políticas y si las tuvo, el haber militado en favor del porfirismo las canceló.

El régimen porfiriano le hereda dos posiciones académicas: una cátedra de Sociología en la Escuela de Leyes y un puesto como Secretario de la Universidad. A defender con un celo religioso la institución creada por su maestro Justo Sierra, dedicará muchas batallas de su vida: contra los positivistas (1911), los carrancistas (1917), Vasconcelos (1923) y Lombardo Toledano (1934). Su primera polémica en defensa de la UNM fue regocijante. La sostuvo a principios de 1911 contra Agustín Aragón, el sumo sacerdote de la Iglesia Comtista Mexicana. Caso debió gozar su ridiculización del pobre don Agustín. Usando la piqueta se sentía en su elemento. Su primer artículo comenzaba con este párrafo digno de Torri:

En la *Revista Positiva*, el silencioso e inadvertido órgano pseudofilosófico del comtismo ortodoxo que con tenacidad tan admirable como infecunda dirige, edita, escribe y lee, trece veces por año, desde hace ya muchos, don Agustín Aragón, etc....

Pero aquella polémica ocurrió todavía en tiempos de don Porfirio. Los años que siguieron hasta 1914 no fueron felices para Caso. Descartado para la política por sí mismo y por la política, acosado amable y amigablemente por los críticos del ala humanística, su vida no se perfila con claridad, ni siquiera en lo material o profesional. En la Escuela de Altos Estudios dicta varias cátedras con el único inconveniente de ser libres, es decir, gratuitas. Aunque en 1913 funda la primera Facultad de Humanidades en la que Reyes, Henríquez Ureña y Caso imparten, respectivamente, las clases de Literatura Española, Literatura Inglesa y Estética, las puertas del templo mayor de la cultura —la Escuela Nacional Preparatoria— permanecen cerradas para el joven Caso. Cuando en 1913 muere Porfirio Parra, el más cercano discípulo de Barrera, su cátedra de Lógica no la ocupa Caso sino Samuel García. El positivismo que mataba Caso, gozaba aún de buena salud.



José Vasconcelos

Durante el régimen huertista Caso resulta efímeramente preso. Se opone a la militarización de la Preparatoria repitiendo a los cuatro vientos una frase de aquel furibundo y melancólico maestro del 98 español: Joaquín Costa: "Haced de cada cuartel una escuela, no de la escuela un cuartel". No le falta valor. En abril de 1913 un artículo notable: "El conflicto interno de nuestra democracia". En él describe, con claridad y pesadumbre, la condición a un tiempo deseable y utópica del ideal democrático. Ante el "apostolado político de Francisco I. Madero" (las palabras son suyas), Caso descubre una justificación profunda en el quijotismo generoso e imperfecto de la Constitución del 57. Descubriendo a los liberales *se descubre liberal*:

En este creciente derrumbamiento de hábitos y tradiciones que es una de las nobles características de nuestro tiempo, el gobierno tiene que ser democrático aun cuando fuere imperfecto...

Mientras nuestro pueblo no exija a sus gobiernos la práctica de instituciones liberales, las prescripciones del derecho serán ilusorias... y el conflicto interno de nuestra democracia persistirá, en sus dramáticos efectos, nutriéndose constantemente de sí mismo.

Pero esta primera afirmación doctrinal y política no alivia la desdicha. Antes de salir al exilio, Reyes lo encuentra "solo y triste en una banca del zócalo junto al kiosko". Meses más tarde escribe al propio Reyes una de las pocas cartas que se han publicado y que refleja puntualmente el ánimo del joven Caso: llevaba años de ejercer, como solía decir, la *pars destruens*, sin hallar todavía para su vida la *pars aedificans*. Se trata de un testimonio invaluable de Caso poco antes de convertirse en "El Maestro Caso":

A propósito de barbarie, no se ofenderá su acendrado pa-

triotismo si le hablo de México... esta parte de la América española es hoy un desventurado suelo de infamia y de muerte azotado por todos los vientos del odio e incapaz de nutrir a un pueblo libre. Vivimos un desquiciamiento infernal... los estudios carecen de dimensiones, nada tienen que ver con un país en el que la barbarie cunde como quizá nunca ha cundido en nuestra historia...

"Celo sin fe"... sí mi querido Alfonso, devoción sin entusiasmo, esfuerzos sin premio, es lo que ha de formar nuestra divisa, principalmente en los días aciagos de batallas y crímenes. Ser mexicano culto es una de las inadapta- ciones más incuestionables del mundo ¡qué remedio!

Nuestro grupo se ha disuelto... yo, solo, completamente solo. Hube de vender a la Biblioteca Nacional parte de mis libros para poder comer. Tengo una hija más que no pongo a disposición de usted ni de nadie y extraño sobremanera nuestros días de largas charlas fáciles, nuestros bellos días de la dictadura porfiriana "a mil leguas de la política"... aquellos días de pláticas deliciosas y "libres discusiones platónicas".

En 1914, con la reforma a los planes de estudio en la Preparatoria, Caso inaugura sus cátedras de Lógica y de Historia de las Ideas Filosóficas. Pero la sensación de soledad no lo abandona. Es cotidiana y cierta. Durante los últimos días de Pedro Henríquez Ureña en México, a mediados de ese año, los dos amigos —el crítico y el orador, el humanista y el filósofo— se sentían "en la cúspide de una pirámide de escombros". "Pobre de nuestro Antonio —lamentaba Reyes desde el exilio— aquel corazón de oro, aquella sabiduría, aquel entusiasmo intelectual, aquella gracia, aquella elegancia".

El Maestro Caso

1915. Año límite del huracán revolucionario. Villistas, zapattistas y carrancistas dirimen sus diferencias a balazo limpio y no tan limpio. Es la guerra civil, la anarquía y el caos. La ciudad de México, siempre tan obsequiosa con el vencedor cualquiera que éste sea, es ahora una doncella maltrecha a la que ninguno respeta. Faltan víveres, carbón, agua, luz. En las esquinas se forman democráticas colas para comprar los alimentos indispensables. A lo lejos, en las faldas del Ajusco, aparecen por la noche las teas amenazantes de los zapattistas. El traqueteo de los máuseres y carabinas es ya parte del concierto cotidiano. Sin duda, pensaría Caso: "vivimos un desquiciamiento infernal".

Pero ese mismo año de 1915, en el ojo del huracán, el filósofo de 33 años descubre una gran novedad: cuenta con un público devoto. En enero, a instancias de José Vasconcelos —efímero ministro de Instrucción Pública del Gobierno convencionista— los profesores y alumnos de la Preparatoria eligen a su director por sufragio universal y directo. La votación favorece a Caso por una amplia mayoría. A partir de ese momento hasta 1920, Caso se convierte en el profesor absoluto de aquella pequeña comunidad cultural y académica. En la Preparatoria da clases de Psicología, Lógica, Ética; en Leyes, Sociología; en Altos Estudios imparte Historia de los sistemas filosóficos y un memorable curso de Estética. Ese mismo año publica sus dos primeros libros: *Problemas filosóficos* y *Filósofos y doctrinas morales*. Al leerlos Henríquez Ureña escribió a Reyes:

Caso, tres notabilísimos artículos sobre política en su último libro. Es escritor.

A lo que Reyes respondió, no menos convencido:

Sí. Caso llegará a ser escritor sumo por la cantidad de espíritu divino que tiene.

Quien mejor percibía la irradiación de ese “espíritu divino” era la nueva generación de discípulos que seguía devotamente a Caso. Vicente Lombardo Toledano, Manuel Gómez Morín, Alfonso Caso, Daniel Cosío Villegas, son sólo algunos nombres destacados entre una cauda de muchachos que antes de franquear los veinte años recibían el bautizo intelectual por la palabra de Caso.

El sermón que selló el pacto entre el pastor y su grey, fue una serie de conferencias sobre Cristianismo que Caso impartió, hacia el invierno de 1915, en un recinto de la Universidad Popular Mexicana situado en la Plaza del Carmen. En aquel ciclo, Caso ofreció a su auditorio una síntesis del Cristianismo a la manera de Carlyle, siguiendo la biografía moral de diez héroes del Cristianismo: San Juan Bautista, el precursor; San Pablo, el apóstol; San Agustín, el padre de la iglesia; Carlo Magno, el rey medieval; Gregorio VII, el Papa más grande de la historia; Francisco de Asís, el “místico dulce y seráfico de las bienaventuranzas”; Lutero, el reformador; Santa Teresa, la “santa” por antonomasia; Pascual, el jansenista y finalmente el santo del anarquismo cristiano: Tolstoi. Pero dejemos a Daniel Cosío Villegas el relato de aquella procesión de discípulos y héroes:

...llegábamos partiendo de la Escuela Nacional Preparatoria, y como solía faltar la luz eléctrica, nos alumbrábamos con velas de estearina cuya débil flama protegíamos con la palma de la mano. El aspecto del salón resultaba tétrico, pues con el propósito de ahorrar velas, sólo quedaban encendidas dos, pegadas sobre la mesa a uno y otro lado del conferenciante. No veíamos, pues, sino el rostro de Caso, y eso como si estuviera labrado a hachazos, tan brutal así resultaba el contraste de la luz y la sombra, y veíamos también sólo que fugazmente, una mano si llegaba a atravesar la reverberación de la vela. Miré y escuché a Antonio Caso mil veces más dando sus clases en condiciones enteramente normales, y por eso puedo estar seguro de que aquellas de la Universidad Popular no desmerecieron de ninguna otra.

En Altos Estudios el público de Caso rebasaba con mucho al ámbito estudiantil. A su curso de Estética acudían damas de sociedad y otras damas, lo mismo que la comunidad artística en pleno: Saturnino Herrán, Ramón López Velarde y Enrique González Martínez fueron discípulos puntuales de aquellas homilías. La cátedra de Historia de la Filosofía no era menos concurrida ni brillante. Todo en Caso era carismático: su melena romántica, el mentón que sugería firmeza, y los ojos: misterio y penetración. Para nuestra fortuna contamos con un testimonio de primera mano en el que Concha Álvarez —profesora normalista— recuerda una deslumbrante clase de Caso, compendio de conocimiento, oratoria y actuación:

Se hizo el silencio expectante. Empezó a hablar el maestro. El tema del día era Sócrates. Ante nuestros ojos asombrados resucitó la sociedad fastuosa y refinada de Atenas, la ciudad llena de las obras de arte más grandes de todos los tiempos.

En ese ambiente situó a Sócrates. “Feo, chato, ventru-

do, allí donde todos los hombres eran hermosos. Recorría las calles de Atenas inquietando los espíritus de sus ciudadanos, con preguntas capciosas: ¿Qué es el bien? ¿Qué es la virtud? ¿Es una ciencia? ¿Se puede enseñar?

Los atenienses se irritaban, sentíanse lastimados, confundidos. La ironía de Sócrates rompía la cáscara de su vida fácil, les preocupaba. Y Atenas empezó a odiar al terrible dialéctico...

Y así continuó la cátedra, hasta la muerte del filósofo que describió según la célebre *Apología* de Platón: “Sentí que mis lágrimas corrían en abundancia y me cubrí la cara con el manto para llorar sobre mí mismo. Pues no era la desgracia de Sócrates la que lloraba sino la mía, al pensar en el amigo que iba a perder”.

Terminó la clase. Nadie se movió de su asiento. Un silencio recogido, emocionado, siguió a sus últimas palabras. Fue después, pasada un poco la emoción, que estalló el aplauso.

Casi sesenta años después, en una tranquila cerrada de la colonia Hipódromo, otra discípula fiel guardaba celosamente los cuadernillos en que había tomado palabra por palabra, aliento por aliento, con una letra minúscula, el Evangelio según Caso. Era Palma Guillén, la primera Maestra en Filosofía graduada en México. El historiador aprendiz que llegó a importunarla hojeó aquellos manuscritos y sintió que de algún modo mágico compendiaban toda la filosofía.

Pero ¿en qué consistía el mensaje de Caso? ¿Cuál fue el secreto de su carisma y cuál, su hallazgo personal e intelectual? La clave está en un breve ensayo de Ramón López Velarde sobre Caso publicado en aquel año caótico de 1915:

El licenciado Caso ha socorrido muchas miserias, ha acrecentado muchos caudales... Encarece la comprensión total de la existencia por la razón y por los complejos sentidos ocultos. Trabaja para la comodidad de la vida interior.

Había quedado atrás la destrucción del positivismo. Ahora la única realidad visible era el incendio destructivo y renovador que se propagaba por todo el cuerpo social: ideas, hombres, instituciones. En esa circunstancia no cabía ya el escape al exterior. Por lo demás, la guerra mundial suponía un aislamiento forzado. El único movimiento posible en aquella atmósfera cultural era la inmersión, no el escape o el exilio interno —que sólo algunos epicúreos construyeron frágilmente. “Tuvimos que buscar en nosotros mismos —recuerda uno de los discípulos de Caso— un medio de satisfacer nuestras necesidades de cuerpo y alma. Empezaron a inventarse elementales sustitutos de los antiguos productos importados.”

No es casual que en esos días el poeta consentido de la juventud fuese Enrique González Martínez. Su poesía era una incitación panteísta “a buscar en todas las cosas un alma y un sentido ocultos”, poesía que invitaba al recogimiento y la meditación, a la búsqueda de senderos ocultos y reinos subjetivos. “El camino eres tú mismo...”, predicaba González Martínez. Su obra era un principio de orden íntimo y reconstrucción espiritual en el contexto de un mundo en caos.

A esta poesía de intimidad y repliegue correspondió, en la filosofía, la prédica de Antonio Caso. Desde 1906 había explorado sus propios senderos ocultos y afirmado, con timidez, su religiosidad. Pero la circunstancia de 1915 tenía que hacer aflorar, por natural oposición, el cristianismo personal



Vicente Lombardo Toledano

de Caso. En un primer momento concuerda con González Martínez: “El mundo — escribe en enero de 1916— existe para el perfeccionamiento de cada existencia humana individual”. Y Caso predica con los mismos tonos:

Vuelve a tí, sé tu mejor tesoro. El mundo es la gran ilusión concomitante a tu realidad espiritual: es uno de los aspectos del espíritu. Saliste ya a la vida y sólo hallaste en ella motivos suficientes para creer que nada hay más grande que tu propia conciencia.

Pero al final del recorrido por su “jardín interior” lo que Caso encontró no fue un símbolo —la hoja desprendida, el búho sapiente— sino un pozo de piedad cristiana. De pronto, recordando las vidas de Francisco de Asís o de Tolstoi y confrontándolas, tal vez inconcientemente, con la violenta circunstancia de 1915, Caso vio en el cuadro mexicano una metáfora de la condición humana: *la existencia como economía y como caridad*. De esa metáfora nació su libro esencial publicado en 1916.

Dos epígrafes resumían el contenido. “Struggle for life”, de Darwin, y una cita de Pascal:

Todos los cuerpos juntos, todos los espíritus, y todo lo que juntos crean, no valen el menor movimiento de caridad.

Es el instante central en la vida de Caso, el tronco de su *pars aedificans*. El mundo se le aparece —résabios comtianos— como una escala de tres reinos ascendentes. El primero es el de la economía y el egoísmo, el fondo fisiológico de la vida:

Vivir y luchar son sinónimos. La vida, en su economía, es un triunfo alcanzado sobre el medio, sobre el enemigo o sobre el semejante.

Al ámbito de la economía pertenecen no sólo los afanes de supervivencia sino también los de conocimiento. “El ideal económico de la ciencia puede ser más sutil, más humano, menos animal, pero es siempre egoísta”.

En un segundo nivel está el arte. Siguiendo claramente a Schopenhauer, Caso explica cómo el arte rompe la ley del menor esfuerzo en un movimiento de desinterés innato, inexplicable con reglas económicas. Pero el nivel más alto de humanidad, por encima incluso de la fe y la esperanza, correspondía a la más antimexicana de las tres virtudes teologales: la caridad. Hablando de ella, incitándola, Caso llegaba al arrobamiento. La verdadera esencia del Cristianismo estaba en el amor proyectado fuera de sí mismo, en el *ser activos y perfectos*, ser todo *in actu*, nada *in potentia*, en realizarse como abnegación. El párrafo final del libro resume el espíritu misionero de Caso y su mensaje a un mundo cuyo único dato fehaciente era el dolor:

Lo que aquí se dice es sólo filosofía, y la filosofía es un interés de conocimiento. La caridad es acción. Ve y comete actos de caridad. Entonces, además de sabio, serás santo. La filosofía es imposible sin la caridad; pero la caridad es perfectamente posible sin la filosofía, porque la primera es una idea, un pensamiento, y la segunda una experiencia, una acción. Tu siglo es egoísta y perverso. Ama sin embargo a los hombres de tu siglo que parecen no saber ya amar, que sólo obran por hambre y por codicia. El que hace un acto bueno sabe que existe lo sobrenatural. El que no lo hace no lo sabrá nunca. Todas las filosofías de los hombres de ciencia no valen nada ante la acción desinteresada de un hombre de bien.

Que se trataba de un hallazgo personal es un hecho que atestiguan varios escritos suyos de esa época. “No debe hablarse de teologías sino de religiones, y más bien que de religiones de religiosidad personal”, decía Caso repitiendo a James. Una vez encontrado, Caso desplegó —en la cátedra, los libros o el periódico— el viejo mensaje de piedad y humanismo como único camino de salvación, ya no sólo para México sino para el mundo:

El remedio de nuestra situación contemporánea no puede surgir sino del fondo de la conciencia humana; ha de surgir de una consideración religiosa, de un ímpetu cristiano interior y profundo, del desdén por la civilización fundada en la exterioridad, el industrialismo y el militarismo, del amor sincero al semejante... de todo lo que condensan, en fin, dentro de su simplicidad divina las sentencias evangélicas: *la salvación está en vosotros. Mi reino no es de este mundo*.

Cierto: Caso impartió cátedras de filosofía no de religión. Pero la tensión que presidió todas ellas no se explica sino como un acto de religiosidad; un acto, precisamente, de desinterés y caridad.

Ideólogo de México

1921. Año de la reconstrucción nacional. Pocos recuerdan o quieren recordar el pasado inmediato. En política internacional o en economía, en educación o en obras públicas, la idea no es el borrón sino la cuenta nueva. El gobierno festeja el Centenario de la Consumación de la Independencia y realiza las primeras dotaciones agrarias. Los pozos petroleros alcanzan una producción sin precedente. Con el triunfo de

los sonorenses nadie ponía en duda que *la Revolución* —no importa contra qué otra Revolución— había triunfado.

Un nuevo y avasallador caudillo intelectual llegó a la escena: José Vasconcelos. Su propuesta era, en el fondo, tan mística y activa como la de Caso, pero en un sentido inverso: de apertura y extroversión. Para aliviar los males de su tiempo Caso había predicado una vuelta a los orígenes cristianos. Para cantar a la nueva época, Vasconcelos recoge los elementos que desde 1915 habían aflorado en la pintura de Herrán, en la música de Ponce o los poemas de López Velarde, y en un golpe de intuición estética propone un nuevo evangelio para la cultura, la academia y la educación: el evangelio de México.

Antonio Caso no desapruueba la novedad de la patria y el vasto programa de Vasconcelos, pero tampoco lo secunda con demasiado entusiasmo. Al crearse la Secretaría de Educación Pública, Caso es electo, por unanimidad nuevamente, rector de la Universidad. Aunque en 1922 acompaña triunfalmente a Vasconcelos por su gira latinoamericana y en ella conquista nuevos auditorios con discursos bolivarianos, el mundo en torno le era extrañamente ajeno: demasiada positividad, demasiados paraísos terrenales. Caso se refugia en la Universidad a la cual Vasconcelos no concede importancia ni presupuesto:

Para Caso —escribe el Ministro a Alfonso Reyes— la Universidad debe ser una institución de brillo, destinada a conceder borlas doctorales y títulos honoríficos. Toda iniciativa de trabajo, de verdadera enseñanza, de servicio real era para (él) impropia y hasta absurda.

Estas palabras son posteriores a la renuncia de Caso como rector en 1923. Es claro que ambos entendían cosas distintas al hablar de “verdadera enseñanza” y “servicio real”. A juicio de Caso, Vasconcelos había atropellado de varias maneras la autonomía universitaria por la que Caso había luchado en 1911 y, con mucho mayor denuedo y dificultades, en 1917, contra la legislatura carrancista. Los detalles del distanciamiento entre ambos —en el que Vicente Lombardo Toledano jugó un papel central— son muy conocidos y quizá intrascendentes. Lo importante es recordar las razones de Caso:

Mientras la Universidad Nacional no recobre su autonomía y deje de ser juguete de las arbitrariedades ministeriales, la educación pública seguirá redondeando su fracaso. Se acusa a la Universidad de que “no es digna de ser libre”... ¿Cómo puede ser digna si no es libre?

Sin embargo, a partir de entonces, en términos políticos y en términos psicológicos, Caso se refugió definitivamente en la Universidad. Era el coto privado que reproducía la circunstancia de 1915. En la Universidad podía seguir ejerciendo su sacerdocio cultural no sólo como catedrático, sino como valladar contra un estado pujante y nuevo que, de modo natural trataría, una y otra vez, de neutralizar la autonomía. En la Universidad pudo seguir siendo, siempre, el ariete y el maestro.

Pocos meses después de la renuncia de Caso, se inició el movimiento delahuertista, llamado revolución por sus actores y revuelta por el gobierno y por la historia. Aquella enésima proyección de la vieja película mexicana suscitó en Caso una reflexión sobre la historia del país. No cabía, como en 1915, la prédica caritativa. La violencia de 1923 no era ya una violencia social sino una puramente facciosa. En 1915 la

Revolución había tenido un elemento de redención por el dolor, pero ¿cómo explicar el nuevo estallido cuando la propia Revolución había triunfado? Caso intentaba un balance histórico en un momento de confusión pública y redefinición personal: acababa de cumplir los cuarenta años.

Si *La existencia como economía y como caridad* perfila autobiográficamente la religiosidad cristiana de Caso, el libro *El problema de México y la ideología nacional* (1924) revela su actitud laica y liberal. El conjunto de ensayos está dedicado “A México, con mi filial amor”. Tres temas predominan en él: una mirada por la historia mexicana, la evocación de sus mejores hombres, y un llamado profético al país para “hacerse valer”.

De Justo Sierra, su maestro de historia y su padre intelectual, Caso había aprendido que la historia “es, a un tiempo, simpatía y libre examen, severa dilucidación de acciones humanas y caridad para los desfallecimientos de las gentes; escepticismo y bondad”. Esta lección, aunada a la severa experiencia revolucionaria, guió la mirada de Caso. Todos los hechos, por lamentables que pareciesen, debían tener una razón y un sentido.

El problema de México era un problema de destiempo y *bovarismo* (soñarse diferente de como realmente se es). Nuestra historia —decía Caso— no avanza de modo concertado sino a través de saltos violentos. En el origen de cada salto está siempre un conflicto insoluble entre la *imitación extralógica* de valores deseables de otras naciones y la pertinaz realidad mexicana que se resiste a adoptarlos. “¿Culpa de quién? —pregunta Caso—: de nadie; de la fatalidad histórica que nos refirió a la cultura europea, desde el Renacimiento, y que nos hace venir dando tumbos sobre cada uno de los episodios de nuestra historia atribulada.”

Así será siempre nuestra vida nacional... Consistirá en una serie de tesis diversas, imperfectamente realizadas en parte y, a pesar de ello, urgentes todas para la conciencia colectiva...

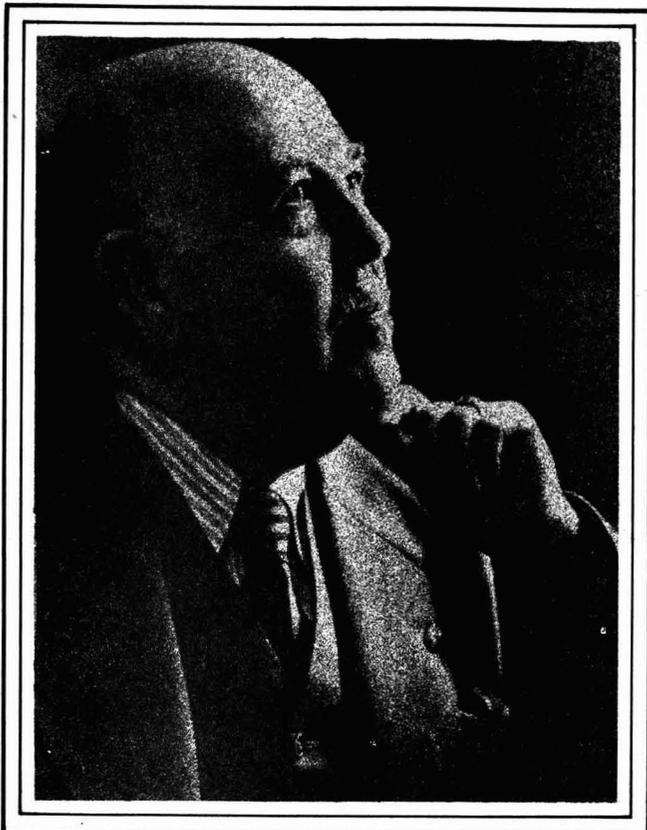
Tampoco la sicología del mexicano favorecía un progreso en el sentido recto. El mexicano no se conoce ni se reconoce a sí mismo sino en la revolución:

La enorme mayoría de los pobladores de este país no se distingue por los dones excepcionales de una individualidad psíquica poderosa sino por la riqueza absurda de emociones hondas y vehementes que saltan... sobre... la razón.

En Justo Sierra habían luchado dos actitudes contradictorias frente a nuestra historia: confianza en la evolución y escepticismo ante la falibilidad de las empresas humanas. Caso desplegaba la misma generosa comprensión del problema mexicano, pero tenía razones de más peso para ser esceptico en punto a su solución:

El drama no terminará nunca. Un siglo hemos gastado en perenne revuelta y así seguiremos... hasta poner de acuerdo los ideales extranjeros, pero no extraños, con lo propio y vernáculo; y si carecemos de capacidad y fortaleza pereceremos en la contienda.

Con todo, había que creer en algo o en alguien, había que salvar alguna etapa de la historia y acogerse a ella. De nueva cuenta, pero con mayor claridad que en 1914, Caso traza un arco de identidad biográfica y moral con los liberales de la Reforma. En aquel año había recordado, a la manera de



Alfonso Reyes

Carlyle, la genealogía del cristianismo. En 1923 correspondía vindicar, definiéndose a sí mismo de ese modo, a los forjadores de la ideología nacional: eligió tres hombres representativos... Ignacio Ramírez, Gabino Barreda y Justo Sierra.

A los últimos dos, el maestro positivista y el historiador, Caso les dedica páginas de reconocimiento. Comprende y justifica el afán ordenador de Barreda igual que el amoroso escepticismo de Sierra. Hacia ambos tiene una deuda histórica: creer en la cátedra y amar a México. Pero ninguno le es más afín que el Nigromante: es el "formidable ariete de un nuevo sistema de ideas cuyo anhelo era una nación autónoma y moralmente libre"... "humanista lleno de coraje cívico que amó tan profundamente como si aborreciera". Ya en 1917 Caso había lamentado la desaparición de la "plebeya y generosa marmita romántica", aquel temple "verboso y desmelenado", generoso e inconexo, aquel "entusiasmo en mangas de camisa" con su "poesía de motín y asonada". Ahora, en 1923, podía escribir que "la Reforma era, acaso, el capítulo más glorioso de la historia patria", la época en que "los hombres parecían gigantes". ("Ebrios de humanidad y justicia" los había llamado desde 1915) Entre ellos, ninguno como Ramírez, el "demiurgo de la nueva patria":

Tuvo eficacia y osadía, constancia y amor. Fue grande; uno de los mexicanos más grandes y más puros.

El párrafo final es diáfano. Como Caso recuerda a Ramírez, le gustaría ser recordado:

...en las nuevas ideas que sostenemos sentimos el soplo de su gran osadía y reverentemente le amamos. ¡Ojalá tuviera cada episodio revolucionario de México un Ignacio Ramírez para representarlo y justificarlo ante la posteridad!

El tercer elemento de aquel libro secretamente autobiográfico

co fue un llamado. Había que renunciar al bovarismo, a la imitación extralógica, y optar por una adopción orgánica e inteligente de los valores ajenos que nos fuesen pertinentes. "Lo ideal no es lo irreal", insistía Caso. Los idealistas debían volver sus ojos a los hombres de México, a nuestras costumbres y tradiciones. En todo ello había que cribar, a sabiendas de que, en el fondo, el hallazgo sería siempre el mismo.

No Cristo Rey sino Cristo pueblo: he aquí la máxima y el acto que nos pueden salvar.

¿Hay contradicción entre el liberalismo de Caso y su afirmación cristiana? Fernando Salmerón ha visto, con claridad, que se trata de los dos términos centrales y no necesariamente antitéticos de la identidad de Caso. Habría que agregar: son las dos vertientes sucesivas de su biografía. En 1923 Caso reconoce la naturaleza negativa del jacobinismo, pero recuerda que esa misma negatividad creadora caracterizó sus propias campañas en el Ateneo. En 1923 el positivismo estaba prácticamente liquidado, pero nuevas tendencias hegemónicas y positivas comenzaban a sustituirlo: la burocracia estatal y un cierto dogmatismo marxista. La Universidad era el espacio natural de nuevas campañas por la libertad de cátedra, de expresión y de crítica. Un Ateneo permanente.

Por otra parte, cuando se trataba de afirmar una doctrina, Caso se limitaría a proponer, una y otra vez, la religiosidad cristiana. Era el hallazgo de 1915. Así lo entendió José Gaos que estudió y comprendió a Caso:

La raíz de su pensar, por serlo de su sentir, es en fin, un eticismo que se inspira, libre de vinculaciones confesionales, en el cristianismo.

Liberalismo y cristianismo. Afirmación de una negatividad y negación de sí mismo: negación y abnegación. ¿No son también términos centrales y no necesariamente antitéticos de la identidad mexicana?

La huella

La paradoja mayor en la vida del Maestro Caso fue no dejar discípulos en la cátedra. Salvo algunas excepciones menores, nadie siguió su carrera pedagógica ni ejerció la filosofía del modo peculiar en que él la había asumido. Su estilo estaba anclado en la circunstancia de origen; era, por decirlo así, un estilo revolucionario que envejeció con la Revolución. Las nuevas promociones lo encontraron extraño. Cuando al principio de los años veinte, Jorge Cuesta asiste por primera vez a una de sus clases, el resultado fue desalentador:

El entusiasmo pedagógico era algo que no había encontrado todavía en mi vida escolar. La exaltación de sus gestos y su voz sólo consiguió atemorizarme. Yo pretendía... que la filosofía era un ejercicio intelectual esforzado pero tranquilo.

Era, en el fondo, la misma crítica que Samuel Ramos haría en 1927 y que veinte años antes había señalado Henríquez Ureña. Nuevos vientos literarios e intelectuales llegaban al país, obras y autores muy lejanos a las preocupaciones y creencias, a los temas y el estilo de Caso. Todo ello ampliaría de modo paulatino la brecha entre el filósofo y un público juvenil que seguía venerándolo como leyenda viva, como persona noble y expositor brillante, pero ya no como pensador.

La paradoja de Caso se explica también por motivos inter-

nos en su actitud. Su pragmatismo filosófico —como vio muy bien Ramos— trata de “inculcar un concepto activo de la existencia en el cual lo esencial es la acción no la contemplación especulativa”. De esto se sigue, en efecto, que la intención de Caso no era promover la filosofía sino suprimirla. Su frase favorita apunta a ese imperativo de acción: “Iguala con la vida el pensamiento”; lo mismo ocurre con su prédica de caridad y su culto carlyleano por los héroes.

Para Caso la verdadera filosofía no se enseñaba: se ejercía. Era, en palabras de López Velarde, referidas a Caso, “la más heroica de las aventuras humanas”. Su metafísica desembocaba necesariamente en una ética religiosa. Resulta natural, entonces, que sus discípulos legítimos no fueron filósofos sino hombres de acción en la vida pública mexicana. Miles de personas pasaron por la cátedra de Caso y de ella obtuvieron un principio ético o una lección intelectual, pero ninguna generación recibió una influencia más profunda que la de 1915.

En otro sitio he intentado demostrar cómo la religiosidad fue la clave en los caminos paralelos de Vicente Lombardo Toledano y Manuel Gómez Morín. El primero marchó muy cerca de Caso. Fue profesor de Ética y un notable orador, pero fue también, a despecho de sus errores y su ambición, un hombre que persiguió activamente el bien de los demás. Esto mismo cabe afirmar de Gómez Morín. Fue un maestro menos brillante que Lombardo —creía menos en la redención educativa que en la otra— pero su abnegación universitaria y política está fuera de discusión y ambas son incomprensibles sin el antecedente de Caso. Cada uno a su manera ejerció el cristianismo que propugnaba Caso. No el de la fe o el de la esperanza, sino el de la caridad.

En todos los miembros restantes de aquella generación —Samuel Ramos, Ignacio Chávez, Manuel Toussaint etc.— hay cuando menos una huella de Caso: la entrega sin cortapisas a la labor académica e intelectual. En Daniel Cosío Villegas la marca no me pareció evidente cuando preparaba su biografía. Ahora la veo clara. El “amor filial” a México, que Caso aprendió de Sierra, pasó intacto a Cosío Villegas. (Sus libros fundamentales están dedicados a la Patria mexicana). De Caso proviene también su interés por la sociedad y la historia de México, y —dato fundamental— su dilatada devoción por los liberales de la Reforma. La mitad de Cosío, podría decirse.

En las generaciones siguientes su influencia se desvanece. El caudillaje intelectual de Vasconcelos bloquea hasta 1929 un posible renacimiento del de Caso. Pero su vida conocería un momento más de tensión y modesta gloria: la polémica con Lombardo Toledano, su discípulo predilecto a quien ahora llamaba renegado. De nuevo, como en 1909, Caso defiende la libertad de conciencia frente a un dogmatismo más sugestivo, sutil y poderoso que el positivismo. No era una moda intelectual lo que Caso combatía en 1934. Era toda una ideología con pretensiones de religión. Frente a ella, el liberalismo y el cristianismo parecían vincularse de modo natural.

Al cerrar la década de los treinta un joven caudillo filosófico llegó de España y atrajo instantáneamente la atención de la juventud: José Gaos. Caso lo recibió con entusiasmo, hecho que confirmaba una vez más la frase de Reyes: Caso tenía un “corazón de oro”. Sin amargura vio alejarse definitivamente su época de caudillo, aquel decenio entre 1910 y 20 que compendia su vida y pensamiento. Los años posteriores debieron parecerle sólo un corolario. Pero no lo imagino vencido por la nostalgia. Su mensaje le parecía tan vigente

en 1943 como en 1915. El “desquiciamiento infernal” abarcaba el mundo entero. Para encararlo reiteró su llamado original, reeditando, en su versión definitiva, *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*. Y sería un error pensar que Caso terminó su vida en el ascetismo y la contemplación. Todavía tuvo fuerza para dar clases, fundar El Colegio Nacional, enfrascarse en polémicas filosóficas y en amores tempestuosos. Viejo ariete del romanticismo.

Finalmente, cabe una pregunta. ¿Qué significa ahora, a cien años de su nacimiento, Antonio Caso? Apenas un recuerdo. Quienes aún conservan la memoria histórica saben que sin el sacerdocio de Caso la cultura mexicana hubiese perdido por años la tensión, los horizontes y la continuidad. No falta quien relea las palabras de Octavio Paz sobre Caso en *El laberinto de la soledad*:

Su persistente amor al conocimiento, que lo hizo proseguir sus cátedras cuando las facciones se acribillaban en las calles, lo convirtió en un hermoso ejemplo de lo que significa la filosofía: un amor que nada compra y nada tuerce.

Pero lo cierto es que la *intelligentsia* mexicana ha olvidado su mensaje y no siempre por malos motivos. Desde nuestra perspectiva no podemos compartir el entusiasmo antiintelectual de Caso, su desdén por la ciencia en un país precientífico. Pero al mismo tiempo percibimos que las ideologías dogmáticas contra las que al final de su vida luchó han acrecentado su poder e influencia, sobre todo en los propios ámbitos intelectuales. Enfrentarlas ahora, es una necesidad tan clara como lo fue combatir al dogmatismo positivista en 1910. Para hacerlo importa recordar el hermoso ejemplo de Caso y releer sus obras buscando en ellas no tanto lo que afirman como lo que niegan, no un evangelio personal sino una permanente rebeldía crítica. Para ello, no es necesario ser o parecer gigantes. Ni siquiera ser o parecer cristianos. Basta con adoptar o al menos plagiar, fiel y cotidianamente, el título de la mejor obra de Caso, aquella que no escribió pero encarnó: la existencia como libertad.

Bibliografía

1. Antonio Caso: *Ramos y yo, Un ensayo de valoración personal*, Cultura, 1927.
2. Antonio Caso: *Obras completas*, Tomos I, II, III, IV.
3. Antonio Caso: *El problema de México y la ideología nacional*, Cultura, 1924.
4. Daniel Cosío Villegas: *Memorias*, Joaquín Mortiz, 1976.
5. Jorge Cuesta: *Poemas y Ensayos*, Tomo II, UNAM, 1964.
6. Claude Fell: *Écrits Oubliés/Correspondance, José Vasconcelos/Alfonso Reyes*, IFAL, 1976.
7. José Gaos: *En torno a la filosofía mexicana*, Alianza Editorial Mexicana, 1980.
8. Manuel Gómez Marín, 1915, *Editorial Cultura*, 1927.
9. Pedro Henríquez Ureña: *Obra crítica*, F.C.E., 1960.
10. Rosa Krauze de Kolteniuk: *La filosofía de Antonio Caso*, UNAM, 1961.
11. Enrique Krauze: *Caudillos culturales en la Revolución Mexicana*, Siglo XXI, 1976.
12. Ramón López Velarde: *Obras*, F.C.E., 1971.
13. Octavio Paz: *El laberinto de la soledad*, F.C.E., 1959.
14. Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña: *Epistolario íntimo*, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, República Dominicana, 1981.
15. Alfonso Reyes: “Pasado inmediato” en *Obras completas de Alfonso Reyes*, Vol. XII, F.C.E., 1960.
16. Fernando Salmerón: *Cuestiones educativas y páginas sobre México*, Editorial Veracruzana, 1980.
17. Julio Torri: *Tres libros*, F.C.E. 1964.
18. José Vasconcelos: *Ulises Criollo*, Editorial Botas, 1935.
19. *Revistas literarias mexicanas modernas: Savia Moderna* (1906), *Nosotros* (1912-1914), *Gladios* (1916), *La Nave* (1916).
20. *Plural*, Revista Literaria de Excelsior, Núm. 10, 1972.
21. *El trato con escritores*, Primera Serie, INBA.